

LA DAMA
DE LOS
MUERTOS

Un *thriller* que no dejará indiferente a nadie y que viene precedido de unas reseñas extraordinarias

«Un *thriller* de alto suspense. Esta novela absolutamente “redonda” explora lo lejos que una persona es capaz de llegar por amor.»

—***Publishers Weekly***

«Rápida, sorprendente y aterradora. No te la puedes perder.»

—***Daily Mail***

«Esta novela negra es despiadada y garantiza noches de insomnio.»

—***The Independent***

«Blum, una creación memorable de inspiración gótica, capaz de generar empatía y horror a partes iguales. Un *thriller* tan sorprendente como terrorífico.»

—***The Sidney Morning Herald***

«Un *thriller* de altísima velocidad.»

—***Die Welt***

«Una trama original, convincente y llena de fuerza.»

—***The Times***

«Un autor en lengua alemana a la conquista de Europa que tiene un talento especial para enganchar a los lectores. La protagonista Blum se quedará en su memoria durante mucho tiempo.»

—***The Telegraph*, selección de mejor novela negra de 2015**

«Un auténtico chute de adrenalina para la novela negra.

La dama de los muertos es una diosa de la venganza tan cruel que resulta escalofriante. Un libro demoledor.»

—**Revista Stern**

«*La dama de los muertos* es alta tensión y miedo mortal todo en uno.»

—**Hamburger Abendblatt**

«Un *page-turner* que está perfectamente a la altura de los grandes autores estadounidenses.»

—**Die Presse**

«El talento de Bernhard Aichner consiste en construir una atmósfera que deja al lector sin aliento gracias a sus recursos lingüísticos.»

—**Westdeutsche Allgemeine Zeitung - WAZ**

«Este autor se adentra de un modo intenso y filosófico en el tema de la vida y la muerte.»

—**Wiener Zeitung**

«Una novela que hace que a los lectores se les hiele la sangre en las venas. ¡Una dosis extra de suspense!»

—**Woman**

«Por fin un serio competidor para los autores anglosajones.»

—**Stuttgarter Zeitung**

«Lo especial del estilo de Aichner son las frases cortas que provocan un ritmo vertiginoso.»

—**Canal de televisión ORF**

BERNHARD AICHNER

LA DAMA
DE LOS
MUERTOS

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

«Y cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo mira también en tu interior.»

FRIEDRICH NIETZSCHE

Ocho años antes

Todo se ve desde arriba. El mar, el velero, su piel. Una joven desnuda en cubierta, el sol que brilla; todo va bien. Está tumbada de espaldas con los ojos abiertos, solos el cielo y ella, las nubes. Es el lugar más bonito del mundo, el barco que sus padres compraron hace veinte años, una joya, una perla que tiene su hogar en el puerto de Trieste. Navegar, vivir sobre el mar y bajo el cielo infinito, donde no hay ni un alma. Solo agua en millas a la redonda, la música en sus oídos y el sudor que se acumula en su ombligo. Nada más.

Desde Trieste hasta el archipiélago de las Kornati, la travesía dura ya tres días y no tienen ninguna prisa, no hay nada que hacer. Unas vacaciones con sus padres, como desde hace tantos años. Ellos cumplirán pronto los setenta, los dos son navegantes curtidos y apasionados. Siempre han viajado en barco. Desde que ella era pequeña. En bañador y biquini, nunca desnudos.

Hace dos horas que la joven se ha quitado la ropa y se ha tumbado sin ponerse crema. Quiere que el sol la queme, que su piel grite cuando la encuentren. Estará desnuda. Al fin desnuda. No habrá nadie que se lo prohíba, ni un padre ni una madre. Sola en el velero, sus pechos, las caderas, las piernas, los brazos. Una sonrisa en sus labios, y cómo se mueve levemente al ritmo de la música... No querría estar en ninguna otra parte. Se quedará ahí tumbada tres horas más, estirándose, desparezándose, empapándose de verano. Durante tres horas,

cuatro quizá. Hasta que los dos se hundan por fin. Hasta que dejen de gritar. Hasta que dejen de salpicar agua hacia arriba. Hasta que se callen de una vez. Para siempre.

Mediodía frente a la isla de Dugi Otok. Ella sigue sin moverse. Que se ha quedado dormida, dirá, que no ha oído nada, que tenía la música demasiado alta, que el sol la ha dejado atontada. Responderá todas las preguntas, rendirá cuentas ante quien haga falta y llorará. Hará todo lo que sea necesario, todo. Pero más adelante, todavía no. De momento solo existe el cielo sobre ella, que lo pinta con sus dedos, dibuja círculos, escribe en su azul. Esboza su futuro, lo imagina, su nueva vida en solitario. La funeraria, que ahora es suya. La cambiará de arriba abajo, la modernizará, conseguirá que la empresa vuelva a funcionar. Estará al frente de todo. Ella sola, sin Hagen. Llevará el barco de vuelta a Trieste y empezará desde cero.

Sudor por todas partes. Cómo disfruta de su desnudez... Una mujer adulta que ya no permite que sus padres le digan lo que tiene que hacer o dejar de hacer. «No te quites la ropa, Brünhilde. En nuestro barco no. Mientras nosotros vivamos, aquí se cumplen nuestras reglas, Brünhilde.» Pues ya no. Ya no hay reglas, quien decide es ella y nadie más. Se acabaron las órdenes, las prohibiciones. Se ha desnudado, está tumbada en cubierta y estira su cuerpo al viento. Toda ella ondea como una bandera, se despliega al sol, es feliz. Más aún cada minuto que pasa sola.

Brünhilde Blum. Veinticuatro años de edad. Hija de Hagen y Herta Blum. Adoptada. La sacaron del orfanato cuando tenía tres años, la criaron como a una mascota, la educaron para que fuera la sucesora, la última esperanza de Hagen para la continuidad del negocio familiar. Costara lo que costase. Aunque solo pudieran adoptar a una niña. O una niña o nada, les dijeron. Las listas de espera eran largas y la desesperación de Hagen grande.

Tanto, que tras mucho pensarlo se convenció de que era capaz de imaginarse dejando su negocio en manos de una mujer, algún día. Ella debía preservar lo que para él era sagrado, debía conservar lo que había creado, debía convertirse en un hombre, por Hagen. La niña hacía todo lo que él le pedía, todo lo que exigía la profesión. Las Pompas Fúnebres Blum lo eran todo para él, más importantes que cualquier otra cosa.

Un establecimiento con tradición, su habitación infantil, su cárcel. Fundada poco después de la guerra, en una época en que la muerte se convirtió en negocio. Lo que hasta entonces había sido tarea de los vecinos, en 1949 empezó a ser la ocupación de los Blum. Esos vecinos que habían ayudado cuando alguien moría, que se habían encargado de lavar a los muertos, de vestirlos y velarlos, se vieron relevados por la funeraria. Lo que durante tanto tiempo había sido natural se convirtió de pronto en tabú. Tocar a los muertos, despedirse de ellos antes de meterlos en sus ataúdes. Todo el mundo se alegraba de tener por fin a alguien que les quitara aquello de encima lo más deprisa posible, que recogiera los cadáveres y los depositara bajo tierra. Con higiene y profesionalidad.

Los Blum fueron los primeros en Innsbruck. Vivían bien de los muertos. Primero el padre de Hagen, luego Hagen, a partir de ahora Blum. Solo Blum, porque detesta su nombre de pila, porque nunca pudo soportarlo, ni un solo día. «Brünhilde, deja a los muertos en paz. Brünhilde, basta de jugar con ellos. Brünhilde, no les metas los dedos en la nariz.» Brünhilde. Un nombre que no tenía nada que ver con ella y que le habían puesto porque Hagen era más alemán de lo que estaba permitido, porque le encantaban Wagner y los nibelungos, porque quería que su hija encajara en su mundo. Brünhilde. Un nombre que ella había desterrado de su vida. Solo Blum. Se acabó el Brünhilde. Desde que cumplió los dieciséis, desde que dejó de ser el

pequeño soldado de Hagen, desde que ya no hacía únicamente lo que él le pedía y ya no obedecía. Solo Blum. Insistió en ello. Le daba igual si después él la castigaba.

Blum. Contempla el cielo. Sube el volumen de la música, el barco se balancea de un lado a otro, no hay nadie en millas a la redonda. Nadie que pueda ayudarles, nadie que oiga sus gritos. Nadie más que ella, que sigue tumbada, desnuda. Casi como los muertos en la sala de preparación. Sobre la mesa, fríos, sin vida desde que ella tiene memoria. Ayudaba a su padre, no tenía amigos. Esa profesión espantaba a los demás niños. Que su padre se ocupara de los muertos, y ella también, era algo que no lograban digerir. Blum se convirtió en la rara, siempre se reían de ella, la excluían, se mofaban, conspiraban en su contra. Blum sufría. Siempre, durante toda la infancia, la juventud. Echaba en falta tener un amigo, una amiga, alguien con quien pudiera compartir su vida, con quien hablar y reír. Pero allí no había nadie, estaba sola, no tenía más que a sus padres. Unos padres adustos. Una madre callada que no daba abrazos y un padre que la obligaba a hacer cosas que ningún niño debería hacer.

Desde que tenía siete años se había ocupado de preparar a los muertos. «Nada de perder el tiempo, Brünhilde; cuanto antes empieces, mejor. Déjate de melindres, Brünhilde, que no te van a morder. No me seas niñita, aprieta los dientes y para de llorar. Si no te callas de una vez y haces lo que te digo, te encerraré en el ataúd. ¿Me has entendido, Brünhilde?» De modo que no debía perder el tiempo, le tocaba aprender a asimilarlo, él le pedía un imposible. Blum les lavaba el pelo a los muertos, los afeitaba, limpiaba la sangre de los cadáveres y ayudaba a vestirlos. Al cumplir los diez, cosió por primera vez una boca para cerrarla. Cuando se negaba, su padre la metía en un ataúd. Incontables veces, horas y horas a oscuras, una niña pequeña, asustada, sola. Blum. Hagen quebrantaba así su voluntad, cada vez como la

primera. Ella tenía que tumbarse allí dentro y dejar que él ator-
nillara la tapa. «No me das más opción, Brünhilde. ¿Cuándo
dejarás por fin de negarte? No tengo más remedio, Brünhilde.»
Y tapa cerrada. Una niña en una caja de madera. Aguantaba allí
todo lo que podía, ojalá hubiese sido más fuerte, pero no era
más que una chiquilla. Lo soportaba indefensa, nadie acudía
en su ayuda, a nadie le preocupaban sus lágrimas, sus súplicas.
«No quiero hacerlo. No puedo. No me obligues, por favor.»
Justo antes de introducir la aguja en la cavidad bucal desde
abajo, atravesando la barbilla. Y el hilo, que traspasaba la carne
muerta. Ella lo había hecho todo, pero nunca era suficiente. Poco
importaba lo mucho que añorara una caricia, una mirada que
le dijera que sus padres se sentían orgullosos. La piel de Blum
seguía sola. Sus anhelos seguían insatisfechos; por mucho que se
esforzase, nada les bastaba. Seguía siendo solo una chiquilla.
Desamparada e indefensa. La pequeña Blum. «Por favor, déjame
salir, papá. No me encierres, por favor. Otra vez al ataúd no,
papá. No, por favor.»

Era castigo y tormento. Lo que más adelante se convertiría en
rutina fue un infierno al principio. Cada contacto, cada mirada,
la piel muerta y fría que debía tocar. Miles de veces limpió bo-
cas y ojos, lavó heridas con sangre y larvas, manipuló cadáveres,
extremidades cercenadas; allí no había infancia, ni tartas con
velas ni muñecas que vestir y desvestir. Solo estaban los muer-
tos. Muñecos grandes, muñecos pesados, brazos y piernas ve-
lludos, cabezas que pesaban tanto que casi no podía sostenerlas,
bocas inmóviles. Ni una sonrisa ni una palabra amable, nada de
nada. Solo su padre, que la obligaba a seguir. Interminables ca-
dáveres, rostros, genitales y excrementos, personas muertas tum-
badas delante de ella, de las que tenía que ocuparse. Una niña
de diez años con guantes de plástico. Y cómo la llamaba su ma-
dre para comer... Como si Blum estuviera en el patio, jugando
con unas amigas. «La comida está lista. Lavaos las manos, que os

espera el plato preferido de papá.» Como lo más normal, como si todo fuese bien. Un buen asado para el padre, una víctima de accidente para Blum. Hagen, que se llevaba a la boca el tenedor bien cargado. Blum, que pensaba en carne descompuesta, en ancianos llagados, en su piel como de papel, en la orina y la sangre de la sala auxiliar que tendría que fregar al terminar la comida. «Esto esta buenísimo, Herta. Como siempre, una bendición.» Y Blum, que empujaba el plato para apartarlo.

Los muertos han estado ahí desde que tiene memoria. Llegaban en coches fúnebres y en féretros de transporte, llegaban directos desde sus lechos, donde habían conciliado el sueño eterno, llegaban desangrados, mutilados, tras sufrir un ataque al corazón, apuñalados, asesinados de una paliza, habiendo pasado por una autopsia, aparecían en la vida de Blum y se metían en su pequeño mundo. Nadie le preguntaba si ella quería todo aquello. Si podía soportarlo. Estaban allí y punto; personas muertas sobre la mesa de aluminio. Terroríficos al principio, en algún momento ya solo callados y apacibles. Blum se familiarizó con ese mundo, empezó a aceptar que no tenía elección, que no podía marcharse a ninguna otra parte. Que era a los vivos a quienes debía temer, no a los muertos. Comprender eso le hizo bien. Estar a solas con ellos. Siempre que podía se retiraba a la sala de preparación. Los muertos acabaron siendo sus amigos, les hablaba; Blum era más fuerte que ellos. Podía decidir qué les ocurriría. No tenían posibilidad de hacerle daño; por muy pesados y muy grandes que fuesen, ya no se movían. No respiraban, sus brazos y sus piernas estaban ahí tirados sin más. Eran como muñecos, grandes y fríos, con los que jugar. A ellos se confiaba, se lo contaba todo, siempre. Fuera de allí callaba, a sus padres no les decía una palabra. Quería que la dejaran tranquila, no saber nada, hacer solo lo que se exigía de ella y luego retirarse. A su mundo. Hasta hace un momento.

Blum. Cómo quema el sol. Qué bien sienta que por fin se hayan callado. Se recuerda con sus padres en ese velero desde siempre. Las tres semanas anuales en el mar, el azul recurrente. Para ella era como un intermedio de la realidad, un sueño. Demasiado bonito, sí. De Trieste a Yugoslavia, a Grecia, a Turquía, a España. Semanas enteras en el barco, semanas enteras en que la vida era hermosa. Ella siempre se ponía contenta. Cuando levaban el ancla y el viento hinchaba las velas. Cuando Hagen le enseñaba lo que era importante, cómo se manejaba el timón, cómo se sobrevivía en una tempestad. Blum se acuerda. De todo lo que ha aprendido y también de lo que no ha aprendido. Las islas, el viento y sus padres, que hasta se permitían arrancarse entonces alguna sonrisa. Porque estaban de vacaciones. Sus rostros, normalmente tan cerrados, se abrían; a veces Blum tenía incluso la sensación de que había en ellos amor, solo un instante, un breve destello. Durante veinte años ha buscado, esperado, anhelado ser una chica normal, una muchacha capaz de mucho más que de ocuparse de los cadáveres. Por fin vivirá, por fin tomará decisiones.

No se moverá, pase lo que pase seguirá quieta. Ahí solo están Blum y el sol sobre su piel. Hace oídos sordos a los gritos y los golpes.

Dos cuerpos que nadan desesperados. Se ven desde arriba. Intentan aferrarse a algo, sus uñas siguen arañando todo el costado del casco. El viejo velero, la escalerilla que se puede recoger, esa escalerilla que no está aunque la piden a gritos. Hagen ha insistido siempre en conservarlo todo en su estado original, en no hacer reformas, en no tomar precauciones para casos de emergencia. «No os preocupéis tanto, solo un idiota se olvidaría de bajar la escalera. Si alguna vez me pasa algo así, ya podéis dejar que me ahogue.» Qué autoritario era siempre; qué apocado y desamparado ahora. El gran Hagen y su Herta. Ninguno de los dos tiene vuelta atrás, se han zambullido sin pensarlo, dos viejos

sin amor. Dos personas con el corazón débil, sin aliento, presas del pánico. Gritan y tragan agua. Desde hace dos horas ya. Quieren subir otra vez al barco, trepar por la borda, lo intentan todo, dan patadas en el agua, nadan junto al velero, lloran, chillan, pegan puñetazos contra la madera, gritan su nombre. «¡Brünhilde!» Y dale con *Brünhilde*. Pero Brünhilde no los oye. Poco importa cuánto griten o lo mucho que les sangren los dedos. Saben que morirán. Hagen y Herta. Lo saben. Que Blum los oye, que está arriba tumbada y no hace nada. Sigue escuchando su música mientras el barco se aleja de ellos. Sonríe porque sabe que pronto todo habrá terminado. Que dejarán de gritar, que por fin todo irá bien. Que encontrará calidez... felicidad, casi. Ahí solo están ella y el cielo. Nada más. Por fin vivirá.

Más de tres horas bajo el sol ardiente. La piel le quema en silencio. En el silencio. Ya no se oye nada, ningún golpe. Nadie le dice lo que tiene que hacer. Hagen y Herta, sin palabras para siempre. No queda nada a lo que regresar, un pasado, la vida de antes. Por fin Blum llevará el timón, guiará el velero de vuelta a Trieste, hará reformas, quitará el viejo revestimiento de madera de las paredes, construirá una nueva sala de preparación, un nuevo salón de despedida, renovará la casa entera hasta el último rincón. Tirará a la basura todo lo que le recuerde a ellos. Ahora se levantará, se vestirá y llamará por radio a los guardacostas, informará con voz desesperada de que sus padres han desaparecido mientras ella estaba dormida, que no hay rastro de ninguno de los dos. Le dará un buen trago a la botella de aguardiente de Hagen y esperará a que llegue la ayuda. De vez en cuando dará muestras de su horror por la radio, gritará y llorará. Ya.

Pasan cuarenta minutos. Blum otea el mar buscándolos mientras espera. Ni rastro de Hagen. Tampoco de Herta. Nada. Ha sido

una desgracia. De pronto habían desaparecido, deben de haberse hundido para siempre. Con agua en los pulmones, dos cadáveres que acabarán abotargados y que alguien recuperará del mar.

Blum. Cómo se yergue en cubierta, haciendo señas. Cómo grita pidiendo socorro al ver el otro barco. Un pequeño velero, no son los guardacostas, sino un turista el primero en ser testigo de su desesperación. Blum, temblando, le cuenta lo sucedido. El desconocido, que sube a bordo y le ayuda, que se ocupa de ella, que registra el barco y pasea la mirada por la superficie del mar. Su voz, que la tranquiliza, la consuela; sus brazos, que se cierran a su alrededor. Y así, de repente, ternura. Las manos de él, las quemaduras del sol, la piel de ella. «Me he quedado dormida. Es culpa mía, tenemos que encontrarlos. ¿Dónde están, por el amor de Dios, dónde se han metido? Pero ¿qué he hecho? Tenemos que volver y buscarlos, ya no están, han desaparecido, no los encuentro. ¿Y si están muertos?» Blum grita. Se aparta de él con violencia, se golpea la cara una y otra vez, se culpa de lo sucedido. Que la culpa es suya, chilla. Cuando él quiere sujetarla, también le pega, llora, intenta zafarse, es ahora cuando tiene que hacerlo todo bien. Blum. Todo lo que diga ahora, todo lo que haga tiene que convencerlo, él debe creerla, ese guapo desconocido no debe dudar ni por un segundo. Ella deja que la estreche entre sus brazos, lo siente muy cerca, presiona la cara contra su pecho. Él la abraza, ella respira deprisa, puede olerlo, lo oye. Su voz, que susurra. «Me llamo Mark», dice. «Soy policía, todo irá bien.»

1

Uma salta. Su pequeño cuerpo vuela por el aire con una sonrisa enorme en la cara, dientecitos blancos, ojos alegres. Una niña pequeña, de tres años, que aterriza contenta, se deja abrazar, se acurruca contra ella. «Mamá, he soñado con un oso que gruñía mucho y me quería comer. He tenido que escaparme corriendo, mamá.» Blum la abraza, sus dedos acarician con ternura la pequeña cabecita, roza la mejilla de la niña y le dice que el oso solo quería jugar con ella. Que ha sido un sueño. «No te pasará nada, yo te protejo. No tienes que tener miedo.» Blum le da un beso a Uma en la frente. Uma Blum tiene tres años y habla desde hace varios meses, un ángel de rizos rubios. Todavía un ángel. Nela ha vuelto a quedarse dormida y yace contenta en los brazos de su padre. En la cama de matrimonio, por la mañana. Blum y Mark. Un día como cualquier otro.

Hace ocho años que se tocaron por primera vez. Él la abrazó en el velero. Un hombre maravilloso, desde el primer momento, de repente estaba allí y se ocupó de ella. Mark esperó a su lado hasta que llegaron los guardacostas, hasta que Blum respondió cientos de preguntas. No se separó de ella. Les contó a los agentes cómo la había encontrado, reiteró que no tenía duda alguna de su versión de la historia. Todo parecía corroborar que la joven decía la verdad. La piel quemada, la desesperación, las lágrimas, Blum había perdido a sus padres en un trágico accidente. Y Mark la había encontrado. Un agente de Investigación

Criminal de vacaciones, austríaco como ella. Navegante apasionado, soltero. Todo encajó, fue el destino el que los unió entonces; se habían encontrado el uno al otro y siguen sin separarse hasta el día de hoy.

Sus cuerpos entrelazados, piel contra piel, que se tocan amorosamente. Están muy unidos, sus bocas se susurran los buenos días antes de ponerse a jugar con sus hijas mientras se desperezan. Uma y Nela. Mark y Blum. Todo es bonito, ellos se quedan tumbados, felices el uno junto al otro, y miran a las niñas, que bajan de la cama y suben a ver al abuelo. «Yo quiero chocolate, papá. Yo quiero salami, mamá. Nos vamos con el abuelo. Sois unos aburridos.» Blum ríe. Mark la abraza con cariño, no la suelta, se acurruca junto a ella con un ronroneo. «Quiero quedarme contigo en esta cama para siempre», dice ella. Blum disfruta. De todo. De cada día, de cada hora, de su vida. Hace ocho años que los dedos de él danzan sobre ella, hace seis que están casados, hace cinco que son una familia, se lanzaron a ese amor con pasión. Es como un estado de euforia permanente, todavía es así.

—¿Mark?

—¿Sí?

—¿No puedes quedarte en casa y ya está?

—Por desgracia no, pero volveré luego. Ahora mismo hay mucho que hacer.

—¿El qué?

—No quieras saberlo, mi amor.

—¿Y no podríamos fingir que el mundo de ahí fuera no existe?

—Sí, podríamos.

—¿Pero?

—Tengo que perseguir a los malos.

—No tienes. Quieres.

—Y tú quieres irte a jugar con tus muertos, que te conozco. De todas formas no aguantarías mucho aquí, dentro de diez

minutos saltarías de la cama y me dirías que tienes que darte prisa con una preparación, que el anciano caballero que entró ayer no puede esperarte mucho más.

—¿Eso haría?

—Sí, eso harías.

—Dos minutos más, ¿vale?

—Y diez, si quieres.

—¿Sabes qué sería lo peor?

—¿Qué?

—Que ya no quisieras abrazarme.

—Yo siempre te abrazaré, Blum, mi flor.

—No me sueltes nunca, por favor.

Ya en el barco sintió que ese hombre la haría feliz. Cómo la había abrazado y consolado, un desconocido. Un agente de Investigación Criminal, qué absurdo. Habría podido descubrir su juego, arrancarle la máscara y encerrarla, habría podido terminar con todo antes aún de que empezara. Sin embargo, todo había resultado de otra forma. Blum quiso que ese abrazo que la estrechaba de pronto no se acabara jamás, quiso llegar a conocer esos brazos, esas manos. Quiso tenerlo, por primera vez un hombre, por primera vez le parecía posible. Estaba dispuesta a dejar que se acercara a ella, sin dudas, sin miedo. Muy cerca. Mark. Su presencia le sentaba bien, él no le hacía preguntas, sencillamente la dejaba ser como era. Y tampoco se arredró al saber cuál era su trabajo, los muertos no le daban miedo.

Blum volvió a coincidir con él. En el puerto de Trieste y luego en Austria, se entendían, se encontraban sin demasiadas palabras. Era un amigo, su protector, estuvo allí cuando ella enterró a sus padres, estuvo allí cuando reformó la funeraria, le ayudó en todo lo que pudo. Y en algún momento llegó el primer beso. Sucedió sin más. Estaban sentados en la cámara frigorífica, bebiendo cerveza, agotados y contentos. Acababan de alicatar toda la sala

de preparación, a finales de verano, sudaban y reían sentados sobre cajas de cerveza.

—¿Blum?

—¿Sí?

—Esta es la cámara frigorífica más genial en la que me he tomado algo.

—¿Sueles tomarte algo en cámaras frigoríficas?

—Soy policía.

—¿Y los policías suelen tomarse algo en cámaras frigoríficas?

—Por supuesto.

—Estás loco.

—No más que tú. No olvides que ha sido idea tuya tomarnos aquí dentro la cerveza de después del trabajo.

—Pues ya es la cuarta.

—Deja de contar, Blum.

—¿De verdad no te molesta que normalmente esto esté lleno de cadáveres?

—No.

—Yo pasé mucho tiempo aquí, de niña.

—¿Con muertos o sin muertos?

—Con.

—¿Puertas cerradas o abiertas?

—Cerradas.

—¿Por qué?

—Era mi escondite. Aquí no me buscaban, muchas veces me quedaba horas. Me sentaba y los observaba. Me fijaba en los muertos que estaban.

—Haría algo de frío con la puerta cerrada.

—Ropa interior de esquiar, traje de esquiar, guantes, gorra.

—Suenan algo retorcido, pero te creo.

—Puedes creerlo.

—Tú nunca me mentirías, ¿verdad?

—¿A qué viene eso?

- Eres sincera conmigo.
- ¿Por qué no iba a serlo?
- ¿Puedo confiar en ti?
- ¿Por qué me preguntas eso?
- Porque tengo que besarte.
- ¿Tienes que besarme?
- No puedo evitarlo, hace dos meses que quiero hacerlo. En realidad ya quise besarte cuando te vi en el velero. Lo siento, pero tengo que hacerlo.
- ¿O sea, que tienes que besarme? ¿Y para eso tienes que poder confiar en mí?
- Es que, cuando te haya besado, querré casarme contigo. Por eso convendría que pudiéramos confiar el uno en el otro, ¿no te parece?
- Pero si casi no me conoces.
- Sí, te conozco.
- De niña jugaba con muertos.
- Y yo encerraba gatitos en sacos y los ahogaba. También metía petardos en el cuerpo de las ranas y miraba cómo estallaban.
- No hacías eso.
- Sí, sí.
- ¿Por qué?
- Tenía curiosidad.
- Yo también.
- Por eso tengo que besarte.
- ¿Y yo? ¿A mí no me lo consultas?
- Ni hablar.
- ¿Por qué?
- Porque seguramente dirías que no.
- ¿Eso haría?
- Sí.
- ¿Por qué estás tan seguro de eso?
- Porque hace dos meses que te da miedo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a quitarte ese miedo.

Qué bonito fue. Cómo se acercaron sus caras, sus labios. Cómo se encontraron, suaves, excitados, trémulos. Familiares y extraños y hermosos. Mark y Blum en la cámara frigorífica. Cómo se besaron, largo rato y con ternura.

Todavía hoy siguen unidos sus labios, todavía hoy sigue sin aparecer el miedo. Hace ocho años que se tocan, que se abrazan. Ocho años de mañanas compartidas, de la cama en la que duermen, de esa casa que han convertido en el paraíso.

Una villa modernista en pleno centro de Innsbruck, un gran jardín con manzanos, tres plantas. Cuando Hagen y Herta estuvieron bajo tierra, Blum destruyó todo lo viejo de la casa, el dormitorio de sus padres, el antiguo revestimiento de pino, la cocina, todo. No quedó nada, solo dejó los antiguos suelos de madera, que acuchilló durante horas y horas de trabajo. Limpió y pintó, y Mark le ayudó a hacerlo. Se ofreció, y ella le dio las gracias. «Si no tienes nada mejor que hacer. ¿Cómo puede alguien ser tan amable? Mark, eres como mi hada madrina. ¿De verdad no tienes novia?» Él dijo que no arrugando la frente, y a Blum le encantó. Que él siempre regresara a su lado, que hubiera decidido ocuparse de ella. Que le pareciera guapa y que se tomara días libres para ayudarle. Que incluso convenciera a sus compañeros de trabajo para que echaran una mano; la mitad del departamento de Investigación Criminal había ayudado a tirar paredes y sacar escombros.

La casa de los Blum fue vaciada y construida de nuevo, las paredes cobraron color y los espíritus del pasado fueron ahuyentados. Una noche Blum recorrió toda la casa junto a Mark con

un sahumero. Caminaron de una habitación a otra mientras el humo se extendía y el aroma a enebro, canela y peladura de naranja impregnaba el aire. Poco importaba si Mark creía en ello o no, de todas formas la acompañó, asistió a la bruja, se esforzó por percibir el mal. Peinaron la casa del sótano al desván, cada rincón quedó inundado de pensamiento positivo, todo lo que había antes desapareció. Blum tiró a la basura el recuerdo de Hagen y Herta, el día a día con ellos. Para siempre. Lo que quedó fue un hogar de ensueño, un oasis de paz en mitad de Innsbruck, una funeraria moderna a la sombra de los manzanos, dirigida por una joven que trataba con respeto a difuntos y allegados. El negocio empezó a florecer. Igual que la propia Blum.

Ese beso en la cámara frigorífica. Mark, que se fue a vivir con ella. El amor que llenó de pronto la vieja villa. Todo era como un sueño, un cuento de hadas hecho realidad, igual que en los libros que Blum había leído, como en esas historias en las que se había refugiado. Había sido la felicidad de los demás lo que la había mantenido con vida, el anhelo de encontrarla ella también. Y aquello en lo que nunca creyó del todo está ahora tumbado a su lado. Todavía hoy. Ocho años después, los brazos de él alrededor de las caderas de ella, su aliento en el oído, sus susurros. Todo debería permanecer así, nada debería cambiar. Todos los días lo dice, todos los días le pide que no deje de quererla. Todos los días, un beso antes de empezar la mañana. Agradecida, se separa de él y se levanta de la cama. Agradecida por el beso. Agradecida por las niñas. Ni un segundo había soñado Blum en aquel entonces que la felicidad pudiera llegar a tanto. Que tendría el privilegio de traer al mundo a esas personitas, de quererlas. En aquel entonces Blum no quería ni planteárselo, solo se lanzó al abrazo de Mark. Jamás se había atrevido a pensar en tener hijos. Le daba miedo que la felicidad pudiera terminar si ella la ponía a prueba, que el amor pudiera desaparecer de la noche a la mañana. Tener sus propios hijos, verlos crecer,

quererlos... Blum estuvo luchando contra esa idea durante tres años. No podía imaginarse siendo madre, tenía miedo a repetir lo que había aprendido. La falta de amor, la frialdad, no quería descubrir si ella era como Herta y Hagen. Cada vez que Mark sacaba el tema, aparecía ese miedo que le cerraba la garganta y la hacía callar. Durante mucho tiempo no se atrevió, pero finalmente consiguió superarlo. El anhelo fue demasiado grande, el deseo de tener hijos. Sucedió dos veces. Hace cinco años y hace tres, dos pequeños milagros. Blum se ocupa de cada lágrima, de cada grito, se inquieta, las toca siempre que puede, las lleva en brazos durante horas, las acaricia, les habla con cariño. Ha pasado despierta noches enteras contemplando a sus ángeles cuando duermen. Hasta el día de hoy, a veces duda de que sea verdad. De que estén ahí.

2

Uma y Nela. Están arriba, con Karl. El padre de Mark, que todas las mañanas ya se ha sentado a leer el periódico cuando ellas irrumpen en su cocina. Un anciano afable que les prepara chocolate caliente a las niñas, se ríe y hace manualidades con ellas, su abuelo, que las quiere y haría cualquier cosa por sus nietas. Uma se le ha subido en brazos, Nela echa cucharadas de cacao en polvo en una taza fucsia. Karl les cuenta historias durante el desayuno, es una bendición para todos los de la casa. Mark y Blum se lo llevaron a vivir con ellos hace dos años, le había picado una garrapata y la meningitis acabó provocando que se jubilara anticipadamente, que se transformara. Que necesitara ayuda en ciertas situaciones. Una ayuda que él jamás pediría, pero que se alegraba de recibir. Había cosas que se le olvidaban, que ya no era capaz de recordar, cosas cotidianas que le costaba hacer. Mark no quería dejarlo solo en su pequeño piso, por eso le propuso a Blum reformar la planta de arriba de la casa, la que no utilizaban. Blum sabía que Karl debía vivir con ellos, que era importante para Mark. Karl lo había sido todo para él durante mucho tiempo, la madre de Mark había muerto joven, para él siempre había estado solo Karl, desde que tenía memoria. Cuando despertaba, cuando se iba a dormir, solo Karl. Padre e hijo, familia monoparental, dos hombres a la mesa del desayuno, palabras paternas cuando el horario se lo permitía. Si podían, estaban juntos. Mark había pasado mucho tiempo a solas, a menudo el día entero, también de noche. Un chiquillo

solo bajo el edredón, un chiquillo que siempre sentía la certeza de que su padre regresaría. De que no le sucedería nada malo, de que el lazo que los unía a su padre y a él era más fuerte que todo lo demás. Mark estaba solo, vagabundeaba, era como un perro callejero pero era feliz. Todo lo feliz que podía. Porque Karl se esforzaba. Siempre. Incluso hace veinte años, en la cocina, cuando su hijo era un quinceañero; Mark le había hablado a Blum de su vida sin madre, de esas conversaciones entre padre e hijo que se repetían tantas veces, de Karl, que se había sentado un día a la mesa de la cocina con la cervecita del final del día mientras Mark fregaba los platos.

—¿Sabes ya lo que quieres hacer, Mark? ¿Cuando acabes el instituto?

—Quiero ser policía. Como tú. De Investigación Criminal.

—Ay, chico, no sabes lo que estás diciendo.

—Sí, sí que lo sé.

—Esta profesión no siempre es bonita.

—¿Y qué profesión lo es?

—Hoy hemos encontrado a una madre muy joven en su piso, había sacudido tanto a su bebé que lo ha matado. Su hermana la ha encontrado y nos ha llamado. La madre estaba sentada en el suelo, con el bebé en brazos, y lloraba cuando el personal médico le ha quitado al pequeño. Decía que no paraba de gritar. Que ella solo quería que se callase.

—Se nos ha terminado el lavavajillas.

—¿Has oído lo que he dicho, Mark?

—Así es la vida, papá.

—No, la vida no es así. Solo es así para personas como yo, para los que hemos decidido ganarnos el pan de esta forma. Tú no tienes por qué ver esas cosas, tú puedes evitarlas.

—Pero es que no quiero.

—Deberías estudiar, Mark, tienes el mundo entero a tu alcance. Siempre puedes hacerte policía más adelante.

- Pero es que yo lo quiero así.
—¿Por qué?
—Si es bueno para ti, también lo será para mí.
—Seguro que tu madre habría preferido que estudiaras. Economía. O Medicina.
—Ya, pero mi madre no está.
—Lo sé.
—No tienes que preocuparte por mí.
—Siento mucho todo esto, Mark.
—¿El qué?
—Todo.
—Tú lo has hecho todo bien, todo, ¿me oyes? Y, ahora, bébete esa cerveza y deja de preocuparte de una vez.

Karl. Veinte años después les cuenta historias a las niñas. Uma y Nela lo quieren, adoran esa barba contra la que frotan su piel infantil, su voz, sus brazos, que las lanzan al aire, su risa. La vida de Karl se ha vuelto sencilla, ya no hay crímenes ni víctimas mortales, solo las niñas y ese sillón orejero en el que pasa sus días. Cómo escucha música durante horas enteras, o vuelve el rostro hacia el sol en la terraza, siempre con una sonrisa satisfecha en los labios. Karl. Y cómo está Mark siempre pendiente del viejo, cómo lo tapa cuando se queda dormido en su sillón. Las niñas lo quieren, se les ve en la cara cuando bajan de la planta del abuelo y explican todo lo que les ha contado.

Todo lo que había antes está olvidado. La vida antes de Mark. Todo lo que hay ahora Blum quiere conservarlo para siempre. Blum, con una sonrisa junto a la mesa del desayuno. Cómo levanta Mark su taza de café mientras la mira. Cómo unta ella la rebanada de mantequilla, cómo les explica a las niñas que las abejas hacen la miel, cómo les dice que no se entretengan demasiado, que tienen que ir a la guardería. Qué impaciente es y, aun así, cariñosa; cómo azuza a sus hijas y, aun así, les pregunta una vez

más si quieren otra rebanada. Cómo mastican las niñas haciendo ruido, cómo dejan toda la mesa pringada de miel mientras Blum habla todavía un poco más con Mark antes de que se vaya a empezar su jornada.

—¿A qué hora volverás?

—Tarde.

—¿Un tema complicado?

—Sí.

—¿Qué tema?

—No quieras saberlo, Blum.

—Pero es que quiero.

—El mundo es feo, basta con que yo tenga que pelearme con él.

—Porque tú quieres.

—No puedo evitarlo.

—Mi héroe, mi salvador, la buena conciencia de la ciudad.

—Aquí pasa algo raro.

—¿Te refieres a tanta zalamería?

—Sí, me refiero a tanta zalamería.

—¿No quieres hablarme del caso?

—No.

—Sabes que puedes, he visto muchas cosas.

—Ya. Pero de todas formas no. Antes tengo que estar seguro.

Ahora mismo estoy solo en esto, soy el único que ve un delito donde no lo hay.

—Confía en tu instinto.

—Ese es el problema, que eso es lo que estoy haciendo.

—Atraparás a los malos, los meterás entre rejas y te encargarás de que se haga justicia. Y yo bajaré a preparar al viejo.

—¿Cómo murió?

—No quieras saberlo.

—Pero es que quiero.

—Eres un cielo cuando te ríes.

—Qué cosas me dices...

Ni enfados ni disgustos ni tristeza, nada. Solo hay cosas bonitas, nada duele, no tiene clientes que molesten, las niñas se lo han puesto fácil esta mañana. Nada le causa inquietud, es un buen día, Blum disfruta de esa sensación de despreocupación, de la felicidad cuando lo mira. Mark. Las comisuras de sus labios, que se tuercen hacia arriba, la tranquilidad que irradia, la fuerza. Se siente protegida y amparada, Mark es hogar, siempre está ahí, no desaparece. Poco importa lo mucho que grite ella, poco importa que pierda los papeles y se ponga a rabiar, poco importa que a veces dude de la vida y tenga miedo. Mark está a su lado cuando ella flaquea. Lo siente ahí, siempre. Mark.

Blum sabe que algo lo atormenta, que lo tiene preocupado. Algo lo reconcome en secreto y en silencio, pero Blum se da cuenta. Por mucho que él se esfuerce en dejar a un lado su día a día en la Policía, no siempre lo consigue. Blum ve que le da vueltas a la cabeza, que no consigue desconectar, que la atención que les reserva a las niñas y a ella es cada vez menor. Mark y su pasión por ese trabajo. El agente de Investigación Criminal. Cómo se entusiasma cuando le preguntan a qué se dedica. Que no hay ninguna profesión más bonita en el mundo, que no hay nada que pueda impedirle seguir adelante, seguir creyendo en la bondad. Adora lo que hace, cree en ello y también está dispuesto a salirse alguna que otra vez del camino establecido para conseguir su objetivo. Mark cree en su instinto, siente más que piensa, la lógica no es siempre lo suyo, se deja llevar por lo que le dicen sus entrañas, sigue su olfato, una palabra, una impresión. Cree en la intuición y cree en todo lo que le ha enseñado su padre, en la cantidad de detalles que ha observado con el paso de los años, en las opiniones compartidas por Karl con la cerveza del final del día. En horas de conversaciones sobre casos sin resolver. Antes aún de que se decidiera a ser policía. Karl fue su maestro, le enseñó a ser humano. Aquello de lo que se burlaba con dieciséis años lo sigue llevando aún hoy muy dentro de sí. «A veces hay

que tomar decisiones, Mark. Da lo mismo lo que digan los demás, tú haz lo que te dicte el corazón. Sin violencia, sin abusos. Cuando alguien esté en el suelo, no lo pises. Tú eres uno de los buenos. No lo olvides nunca.» Karl hizo de Mark un policía. Uno de los mejores. Uno que a veces también sabe ser compasivo. Mark se esfuerza por conocer siempre el motivo de un delito, quiere comprender cómo ha llegado alguien a eso, por qué ha incurrido alguien en una ilegalidad. Por qué se arriesga alguien a que lo atrapen y lo encierren. Por qué está alguien dispuesto a arremeter contra un cajero automático con una maza. Alguien como Reza.